

La Alocucion no revela bien el espíritu de los partidos políticos de la Nueva Granada al aseverar que la viva fantasia del genio frances, especialmente del autor de los *Misterios de Paris*, haya podido influir en algunos escritores públicos para soñar quimeras humanitarias, estraviar la juventud incauta, y lo que es peor, exaltar las pasiones brutales de la muchedumbre para satisfacer su ambicion i su codicia.

¿Cuándo es que la prensa liberal se ha pervertido, propalando ideas que no sean conformes con la moral i con los principios netamente republicanos? Si la causa de la República está a punto de fracasar, culpa es del principio exagerado de autoridad encarnado en los mentidos liberales, que solo han visto poder i fuerza para ellos en el triunfo popular del 7 de marzo, i para quienes la reaccion no significa la ruina de su patria, sino el interes i poderío de sus personas. Pero pretender que los que firmes hemos quedado en nuestras creencias políticas, i que sin mas séquito que el de la juventud ilustrada, continuamos el apostolado de la regeneracion, tratemos de precipitar la República; es formular un cargo que pasa de ridiculo, quitándolo cuanto tiene de apasionado.

El Jeneral Obando dice que profesa i ama con ardor la democracia, la democracia genuina, pacífica i moderada; no la democracia espuria, turbulenta i agresora: en esta parte, pues, sus ideas están en consonancia con las nuestras, porque lo que rechaza es la informe República que hemos tenido, única cosa que puede llamarse democracia espuria; porque no está por los desbordes de la tribuna popular, tal vez por el conocimiento que tiene de las Sociedades Democráticas, que son el ejemplo de la democracia turbulenta, i porque condona los desórdenes del Sur de la Nueva Granada en donde la democracia ha dejado de ser turbulenta, para ser agresora.

Sin embargo, los seudo liberales, las Sociedades Democráticas i los revoltosos de las provincias del Sur, contribuyeron eficazmente a la eleccion del Jeneral Obando.

Pero dejemos esta consideracion, que no hace mucho a nuestro propósito, para comprobar la inexactitud de una asercion que se ha escapado al Presidente con injusta i ofensiva temeridad: he aquí sus palabras—“i No habeis oido, compatriotas, los ecos destemplados venidos a nuestras playas, i repetidos por una que otra concavidad de nuestros Andes, de las voces que han proclamado en Europa, como verdades inconcusas de la democracia, el derecho al voto universal, gratuito, el salansterio, el banco industrial, el banco del pueblo, la limitacion de

- (1) En obsequio de la verdad, debemos decir que fue vencido por los electores de esta provincia en 1851.
- (2) El señor Obaldia se avanza todavía mas—él juzga que es mas económico matar a un hombre que establecer una Penitenciaría.

ahora hasta por los agentes del Poder Ejecutivo. Engaño muy grave debe sufrirse para asegurar que alguno haya pensado aquí en salansterios, crédito gratuito, bancos del pueblo i asociaciones artificiales; i nosotros desafiamos al Ciudadano Presidencial a que dé razon de su dicho, so pena de que no podamos ya creer en la veracidad de sus principios i aserciones.

En cuanto a la limitacion de la propiedad de la tierra, el primero que emitió semejante idea fué el ciudadano Jeneral López, que despues protestó contra ella en el artículo permanente de la *Discusion*; i el que se ha mantenido firme en esta creencia i el que se ha mantenido firme en esta creencia ha sido el Dr. Manuel Murillo, editor del Neo-Granadino i ex-secretario de Hacienda. Pero de que el Dr. Murillo tenga esa opinion,—se deduce que los miembros del partido radical pensemos que esas son verdades inconcusas de la democracia? Razonos hai en pro i en contra de esa cuestion, i los radicales no aceptábamos aquel sino en las tierras baldías, por que siendo estas de propiedad de la República, la lei podía disponer lo que a bien tuviera para ensayar un sistema distinto del que actualmente se conoce.

Ademas, las opiniones del Dr. Murillo sobre el particular no son el oráculo de las nuestras, porque el Dr. Murillo no es jefe del partido radical, ni posee majia alguna para imponer a los demas sus convicciones. Nuestro partido no tiene ni necesita jefe; cada uno de sus miembros es un apóstol de la nueva idea, en donde quiera puede ejercitar sus facultades sin tener que erigir ídolos ni falsos adoratorios: los radicales de todo el mundo combatimos el principio de autoridad hasta posponerte al de la libertad que es el jérmén del progreso i de la gloria de los pueblos.

PRÓSPERO PEREIRA G.  
(Continuará.)

## ESTADO DE LA OPINION.

Las cámaras se inauguraron con una pujante mayoría ministerial, fueron nombrados presidente i vicepresidente, los hombres mas enemigos del partido reformista, i que mas en armonia estaban con la administracion.

La cuestion de eliminacion del ejército, lanzada prematuramente, puso de manifiesto esta verdad. Solo 14 diputados estuvieron por la eliminacion.

Apenas han transcurrido 26 dias de la nueva administracion, i ya los papeles han cambiado enteramente. La razon, el patriotismo i la verdad, han triunfado por fin, como era natural.

La Cámara de Representantes, que en los primeros dias de sus sesiones habia cometido el atroz pecado de suspender el proyecto de amnistia jeneral, para dar lugar a uno en que abdicaba en manos del Ejecutivo la preciosa facultad de perdonar, ha vuelto so-

nes conservadoras se limitó la facultad de dar aserciones, exigiendo ciertas cualidades en los que habian de obtenerlos i sujetando a los candidatos a examen acerca de las funciones, deberes i conocimientos propios del grado que se les iba a conferir.

Hoy se conceden indistintamente, i sin averiguar si los agraciados tienen la aptitud, méritos i conocimientos necesarios.—Esta proteccion acordada a una sola clase de la sociedad, la que vive del sudor del pueblo a quien oprime, es tal, que ya hemos visto destituir a un leal i antiguo servidor de la patria del destino que desempeñaba, solo por haber manifestado su opinion privadamente por la abolicion del ejército.

La parcialidad del gobierno es tanto mas elocante, cuanto que autoriza en cierto modo los irrespetos, injurias i calumnias que los periódicos de palacio lanzan contra el Congreso i sobre todo contra algunos de sus mas distinguidos i prominentes miembros.

Todo esto unido a la impresion desfavorable causada por la alocucion i el programa de 1.º de abril, es, no cabe duda lo que mas poderosamente contribuyendo a desprestijiar a los actuales mandatarios.

## GRANDEZA PRESTADA-PEQUEÑEZ PROPIA

Conclusion.

Veamos sin disfraz ninguno nuestros adelantos en la democracia despues de 32 años que llevamos de República.

Bien conocidos son los medios de que se valen algunos partidos para apoderarse del poder. No cambiando aún completamente de buen sentido, si conciben que es necesario ostentar una conducta lógica, así como la de los que profesan principios. Escriben para el efecto muchos periódicos que se toman naturalmente por los órganos manifiestos de esos partidos, i para que se vea que ya podemos ir mas allá de ese acto de poner los principios en lista, que sin dada es una señal evidente de progreso, se empieza a discutir, a examinar su bondad, porque como no se ha hecho otra cosa que copiar de lo que se llama principios regeneradores en la marcha de la Europa, o en caso de mas precision, en la marcha del mundo, no se puede asegurar que eso sea de una bondad absoluta referido a nuestro país.

(\*) Varias incorrecciones contiene la primera parte de este artículo publicada en el número anterior. Las principales son: en la página 7.ª, columna 1.ª, línea 12, *sentir*, léase, *medio*; línea 70, *abstiene*, léase, *detiene*; línea 51, *estado que*, léase, *estado de que*; línea 98, *En esta escuela*, léase, *Es en esta escuela*. Página id. columna 2.ª, líneas 72, léase, *Es en esta escuela*. Página id. columna 2.ª, líneas 73, *niños*, léase *nivia*; línea 74, *niños*, léase *nivia*. Página id. columna 3.ª, línea 1.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 2.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 3.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 4.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 5.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 6.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 7.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 8.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 9.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 10.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 11.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 12.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 13.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 14.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 15.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 16.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 17.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 18.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 19.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 20.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 21.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 22.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 23.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 24.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 25.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 26.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 27.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 28.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 29.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 30.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 31.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 32.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 33.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 34.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 35.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 36.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 37.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 38.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 39.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 40.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 41.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 42.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 43.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 44.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 45.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 46.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 47.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 48.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 49.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 50.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 51.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 52.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 53.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 54.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 55.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 56.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 57.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 58.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 59.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 60.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 61.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 62.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 63.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 64.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 65.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 66.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 67.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 68.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 69.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 70.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 71.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 72.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 73.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 74.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 75.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 76.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 77.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 78.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 79.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 80.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 81.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 82.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 83.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 84.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 85.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 86.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 87.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 88.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 89.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 90.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 91.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 92.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 93.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 94.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 95.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 96.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 97.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 98.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 99.ª, *lo*, léase, *lo*. Página id. columna 3.ª, línea 100.ª, *lo*, léase, *lo*.

262

Discusión científica las tendencias personales y las tendencias secretas se esconden a veces; pero cada cual se escuda con los principios, dando por lo mismo conveniente mantenerlos en un estado ambiguo, para que puedan ser aplicados fácilmente en caso de contradicción, sin tener que alterarlos demasiado, y evitarse hasta el trazo de la originalidad en el acto de modificarlos. Es como si alguna variación se introduce en ellos, es solo según los movimientos del partido contrario, no importando nada avanzar tres o cuatro principios humanitarios si el otro avanza dos o tres, o suprimir una buena cantidad de ellos en cambio de reciprocas concesiones.

Uno de los partidos llega al poder, y la discusión sobre la bondad de los principios regeneradores cesa por su parte, pues rigurosamente lógico en este punto, se dice ¿ya para que? Entonces, o bien los conculca abiertamente, o bien reniega de ellos sin dejar de proclamarlos, porque estos dos extremos son igualmente fáciles, y es natural aprovecharse de la doble ventaja de las abstracciones. ¿Quién lo pide cuenta entre tanto a ese gobernante, descarado en el primer caso, criminalmente hipócrita en el segundo? El que disputa con él la bondad de los principios considera abortido su audacia, o bien, que no tiene por donde introducirse para atacarlo; porque si bien obra de una manera enteramente impensada, sigue, sin embargo proclamando, tan solo con ligeras variaciones, lo mismo que antes proclamaba en el campo de las teorías.

La situación empero se hace penosa para el que tiene que ser opositor. Sigue discutiendo él solo por algún tiempo su misma lista de principios regeneradores, tomados de lo más selecto que se ve en el progreso del mundo, y de lo más grandioso que se oiga decir en Economía, en Política, en Instrucción. Pero también se hace penoso todo esto. Si al fin proclamara algo de lo que dice relación al país, un círculo más estenso lo ayudaría y lo comprendería; la polémica entonces no carecería de amenidad; pero todos se cansan ¿quién no habla de lo cansado de nuestra política? y es por lo mismo necesario buscar algunas variaciones; pasar a objetos que sienta más inmediatamente el pueblo, y del lenguaje científico de los principios, al estilo fuerte y enérgico del patriotismo que se indigna. Empieza entonces la discusión encarnizada sobre las personas, y el vergonzoso parangón entre las ideas más elevadas en política, y los más ocultos vicios de este o aquel gobernante. De entre esos vicios, lo observaremos de paso, uno de los que con más frecuencia se echan en cara nuestros partidos, es el de la traición, y se podría decir, considerando lo que se ve todos los días, que para probar esas traiciones es inagotable nuestra historia en documentos fehacientes. Cada hombre público de los que se han atrevido a hablar de principios, podría decirse, en vista

indigno del pueblo por su baja; los otros emplean un idioma ininteligible para él por su oscuridad. Todos conseguirán su objeto; aquellos medros personales, estos glorias osiferas; pero entretanto el pueblo nada aprovecha, nada comprende.

Es porque él no comprende; porque le tiene miedo a esa política que a fuerza de abstracciones va haciéndose ya tenebrosa, que tolera esos dictérios, ese lenguaje rastrero de los partidos, esa vida de ayección en la que el ciudadano tiene que rendir homenaje, y detenerse delante de las rémoras más miserables. El pueblo oye que se proclaman principios; cree que esto es para plantearlos, y tolera las demasías de los partidos: si supiera que solo se proclaman esos principios para hacer que pasen esas demasías, se avergonzaría de la vida que le imponen, se elevaría sobre las facciones y sería de nuevo la nación. Pero dé otro modo, naturalmente los partidos se hacen tiránicos desde que esa tiranía se tolera porque va disfrazada con el ropaje de los principios; que el pueblo pida, la práctica de esos principios verá como solo quedan en pie los necios caprichos.

Los partidos solo se ocupan de sí mismos; pero ostentan seguir una causa cualquiera progresista para ocultar ese egoísmo. Por eso es buena la teoría sola en materia de democracia; la práctica destruiría muchos de los intereses secundarios e impediría el libre ejercicio de ese egoísmo. He aquí, pues, el origen de esa monotonía en nuestra vida social. Si el pueblo viera solo el lado personal de los partidos sin deslumbrarse con esa máscara de principios que tendrá que encontrar, no sufriría por más tiempo el abatimiento de esa existencia. ¿Duraría ella con solo que el pueblo pidiera práctica en las doctrinas que se proclaman? Para el común de los hombres que quieren figurar en los partidos con solo el objeto de explotarlos, sería esto la demostración de su maldad; para los hombres que tienen miras elevadas, e intenciones puras, sería la demostración de su impotencia.

Unos después de otros suben los partidos al poder; pero ninguno, como ya hemos dicho, y como puede verse en nuestra historia, es constante en su tarea progresista por mucho tiempo. Hai gobernantes de buena fé, de decisión por los principios; han vivido hasta su elevación al poder en una atmósfera en que solo de ellos se oye hablar. Tratan de practicarlos; consultan al pueblo, y o bien encuentran ese pueblo tan poco firme en la creencia de esos principios, que se desalientan, o bien oyen a los impostores que le remedian la voz popular y se ostravian. De todos modos ven que la libertad y progreso andan por el aire; que el pueblo no entiende, y con razón. La discusión de los principios no ha sido para él; ha sido tan solo estrategia de partidos. Para nada se ha hablado de los intereses del pueblo, él ha permanecido abortido oyendo discutir principios abstractos, aguardando que le

propios, porque esto no saca en esa atmósfera de bellas descripciones, de palabras elocuentes, de vaguedad, de abstracciones, de misterios. El pueblo ve que de allí sale la idea "República," cada vez más engalanada, y es imposible que se llegue a imaginar que en nuestro depurado idioma político, República democrática y República verdaderamente democrática, sean cosas contrarias.

Menos aún podrá creer que, en medio de esa vaguedad, sea fácil realizar un golpe de estado, una dictadura, cualquier cosa, y el día siguiente aparezca con el mote: gobierno constitucionalmente republicano. ¿Por qué no se habían de admitir las restricciones mentales en la misma República donde se admiten las bufonadas como programas de gobierno?

Regla general: la acción en favor de los principios empieza entre nosotros en la arena de los partidos, y sube en alas de magníficos discursos y programas al solio presidencial. La reacción empieza cuando se quieren practicar esos programas y reducir a la realidad esos principios. Todos los partidos que suban al poder, mientras dure la política de imitación, tendrán que ser retrogradados. Espliquense los hechos por el lado vulgar, para ver si resultan de otro modo. Hasta tanto, tendremos como cierta nuestra explicación.

Nada más fácil que entusiasmar entre nosotros al pueblo con pomposas promesas y bien escritos programas.

Basta observar el hecho.

El progreso del pueblo en las Democráticas solo ha ido hasta manifestar que sabe aplaudir cualquier clase de discursos. Tan cierto es esto que, según las últimas noticias, aplaude ya discursos que no son democráticos. Y ciegame, en alas de ese entusiasmo, en algunas poblaciones, se habla, se discute, se hacen representaciones. Al observar esta, cualquiera dice, el progreso es seguro, la sociedad marcha. Si supiera que este es entusiasmo nada más, no aseguraría lo mismo. Con solo deshacerse la reunión, con solo retirarse el ciudadano a su casa, con solo tocar lo real y entrar en esa atmósfera en que vive él con sus hermanos, ya olvida los intereses políticos que ha oído discutir como en la nación más adelantada. Para ser miembro de la sociedad política tiene que incorporarse en un pelotón de esos que vagan por las calles en días de entusiasmo victoriano al progreso.

Esto es fugaz. Después no hai una fuerza durable que lo sostenga en su entusiasmo por los intereses generales.—La inercia lo gana, se abate, se anonada; y es a favor de esa inercia que los gobiernos se hacen retrógrados y las nulidades se levantan para explotarlos.—Cualquiera cosa se puede intentar contra los principios a favor de esa inercia, y he aquí por qué sentimos vivan que no se desmorone

Abn. 26 1853 Trim 1 no. 3

tamento el pueblo, i del lenguaje científico de los principios, al estilo fuerte i enérgico del patriotismo que se indigna. Empieza entonces la discusión encarnizada sobre las personas, i el vergonzoso parangón entre las ideas mas elevadas en política, i los más ocultos vicios de este o aquel gobernante. De entre esos vicios, lo observaremos de paso, uno de los que con mas frecuencia se echan en cara nuestros partidos, es el de la traición, i se podría decir, considerando lo que se ve todos los días, que para probar esas traiciones es inagotable nuestra historia en documentos fehacientes. Cada hombre público de los que se han atrevido a hablar de principios, podría decirse, en vista de lo que palpamos, que tiene su lista de traiciones a su correspondiente legajo donde se comprueban.

Proceda esto tal vez de esa doble ventaja de las abstracciones que hemos notado i que es demasiado tentadora, i de la creencia que tiene cada gobernante de que la nación no se da por entendida de esto de los cambios en política. Demasiado fundada es esta creencia, porque, ya en esa escaramuza preparatoria de principios, ya esa contienda mas formal en que se mezclan con los dictorios personales, ¿se ha tenido acaso en cuenta la nación? ¿se ha hablado para ella? Ah! la prueba de que por ella nada se hace, la prueba de que se le olvida completamente, es que apenas suben al poder, los gobernantes contrarían los principios, i los opositores no los consideran buenos ni para quitarles la máscara a esos gobernantes, sino aumentan su fuerza con una buena dosis de artículos tabernarios.

He aquí el extraño modo de difundir principios en nuestra sociedad, o mejor dicho, de sacar ventajas de su profesión por los partidos i los hombres descaradamente especuladores. Poco tendremos que variar la descripción al ocuparnos de otros partidos i otros hombres de mas elevación en sus miras, i que tienen en realidad intereses mas depurados, pues nadie llegará que si los hai por fortuna entre nosotros.

Respecto de ellos es que clasificamos esa política de imitación. En los otros no hai mas que maldad descarada. En estos, si hai malas intenciones, por lo menos están combinadas con las ideas mas luminosas i los proyectos mejor elaborados que conocemos.

Pero variando las intenciones, la estension de los reconocimientos, i cuando mas, la decencia en los medios todo lo demas queda lo mismo, la misma vaguedad, las mismas abstracciones. La lista de principios que allá se presenta, mezclándola con amenazas o insultos, acá se ofrece con frases moderadas i elocuentes, armoniosas. Allí con el último descaro se encarnan las ideas en los hombres, por mas abatidos que estos sean; no importa, se degradando antemano las ideas; acá no hai la misma impudencia, es mas decente elevar a los hombres a la altura de las ideas; no importa que no sean dignos de llegar hasta allá, tambien de antemano se les purifica. Los unos hablan un lenguaje

buena fé, de decision por los principios; han vivido hasta su elevación al poder en una atmósfera en que solo de ellos se oye hablar. Tratan de practicarlos; consultan al pueblo, i o bien encuentran ese pueblo tan poco firme en la creencia de esos principios, que se desalientan, o bien oyen a los impostores que le romedan la voz popular i se ostravian. De todos modos ven que la libertad i progreso andan por el aire; que el pueblo no entiende, i con razon. La discusión de los principios no ha sido para él; ha sido tan solo estrategia de partidos. Para nada se ha hablado de los intereses del pueblo, el ha permanecido absorto oyendo discutir principios abstractos, aguardando que le toque su vez de injerirse en la cuestion; esa vez no le llega nunca. Entretanto, cualquiera miente en su nombre, aquel porque lo cre mas capaz de lo que realmente es, pensando que ya lo ha ilustrado bastante con sus doctrinas; este, negandole hasta una esca comprencion. Mucho valor tienen entonces aquellas frases "el pueblo no se engaña;" "el pueblo no está aún preparado;" "el pueblo no comprende todavía sus intereses"

Tales gobernantes, en medio de esa vaguedad, de esa indecision, no sabiendo ya donde están los principios desde que han salido de la atmósfera de las teorías, acojen cualquiera de esas frases como, enseña de su política i es con mas frecuencia la última que no les cxijen mucho trabajo para gobernar, i que consulta mas los intereses de esos hombres que siempre rodean al poder para explotarlo, como antes habian explotado los partidos.

Empieza la reaccion contra los principios; pero no es preciso dejar de proclamarlos. A la faz de la República, delante de ese pueblo que se denomina soberano, se oye proclamar entonces una amarga burla, una ironía dolorosa.

He aquí lo que esos explotadores dicen al gobernante.

No os cause temor la grito de vuestros antiguos compañeros, a quienes en apariencia habéis engañado. Escuchad: para que no se os achaque el cambio, no varicis ostensiblemente de principios; seguid proclamando las mismas ideas que ellos; agregad tan solo una palabra, i todo está hecho. Cuando se grite, en nombre de la República democrática, por ejemplo, hablad vos, para seguir vuestra obra, en nombre de la República VERDADERAMENTE democrática.... La sola agregacion de esta palabra hará que no se note que contrariamos la República, i nos dejarán gobernar segun nuestro querer.

I les ha salido muchas veces cierto, a los especuladores de principios, convirtiendo en un nuestro leopardo a quien se le miente con tanto descaro, i que todo lo deja pasar por que habia de comprender mejor esta palabra que las otras—El no se atiene nunca a lo que siente, a sus intereses

ses políticos que há oido discutir como en la nación mas adelantada. Para ser miembro de la sociedad política tiene que incorporarse en un peloton de esos que vagan por las calles en días de entusiasmo victoriano al progreso.

Esto es fugaz. Despues no hai una fuerza durable que lo sostenga en su entusiasmo por los intereses jenerales.—La inercia lo gana, se abate, se anonada; i es a favor de esa inercia que los gobiernos se hacen retrógrados i las nulidades se levantan para explotarlos—Cualquiera cosa se puede intentar contra los principios a favor de esa inercia, i he aquí por qué sentimos vivamente que se dé importancia a los que se valen de ella para levantarse, i se suponga jénios activos a los que solo tienen la propiedad de ser rémoras. Ojalá no volviéramos a hablar de esos hombres en tal sentido. Los que entran en el progreso no son jénios, son estorbos.—No se entra nunca en disputa con ellos porque es perder el tiempo; se le demuestra tan solo a la sociedad que debe hacerlos a un lado.

Algunas veces toman las reacciones no solo la fuerza que les dan la vaguedad de los principios liberales i la indiferencia del pueblo, sino tambien la que les agregan esas mayorías tan particulares de nuestras cámaras legislativas; mayorías que han merecido de aquellos mismos a quienes han hecho ganar algunas cuestiones lo consabido de que; vencen, pero no convencen. Aparte de ese jugo a las mayorías que se ve en casi todos los congresos i que, en momentos de supremo desconsuelo, hace dudar de la causa democrática entre nosotros; aparte de esto, basta observar esas mayorías que deciden en contra de las reformas mas liberales, para apreciar su valor. De un lado se observa una porcion de ciudadanos que se paran i se sientan en silencio; votos mudos que no tienen la menor repugnancia por el mal que hacen, que nunca se fundan, que nunca se les oye espresar una razon como móvil de su conducta; esta es la mayoría.—Hai otros que discuten, que raciocinan, que se esfuerzan en manifestar los fundamentos de sus opiniones—Esta es la minoría.

Aquellas mayorías son una razon en contra de lo que hagan; evidentemente es mala una cosa en favor de la cual hai tantos votos infundados.—Estas mayorías, imposible que sean de las que convencen. Como lo há dicho, con fundamento, el ciudadano F. González, las mayorías convincentes son aquellas que están compuestas de individuos que saben cuanto vale un voto por su valor moral. Semejantes mayorías solo sirven para darles una apariencia léjitima a las reacciones tiránicas, es decir, solo sirven para hacerlas mas estables.

Oh! es necesario convencerse de que, con esta vaguedad que afecta los principios republicanos, con ese modo de proclamarlos que nunca toca la situacion del país, en esa indecision se puede hacer cualquier

Abril 26 / 1853 trim. I no. 3

cosa con ellos: llevarlos hasta la exajeracion, traicionarlos, esplotarlos en todos sentidos, renegar de ellos; todo, todo. Veamos si es tan solo una utopia la nueva direccion que en ese conflicto, podian indicar mis compañeros a la sociedad para su mejora. Ya podemos decirle a los pueblos con esperanza de ser escuchados:

“No es vuestra verdadera causa la que se defiende con esas abstracciones, el camino vulgar por el que os llevan los partidos no os conduce sino a la indecision, a una dolorosa indecision, aún en la democracia. Nosotros elevamos una nueva bandera, la bandera propia nacional. Vamos a ocuparnos de vosotros, a estudiar vuestra situacion, vuestros intereses materiales, vuestras fuentes propias de riqueza. Vamos a demostraros que no os debeis cansar de la República, pues haremos que la República gane en realidad, aunque pierda en hermosas teorías. No ya mas se burlarán de vuestra pequeñez exhibiendola al mundo en irrisorios contrastes con las grandezas del extranjero. Nos reuniremos con vosotros i no con los politicos que quieren ser sublimes a vuestra costa porque os encuentran débiles, i creen manejaros como autómatas. Fuera las teorías políticas que todos los dias nos inundan; no demos oídos ni al socialismo, ni al individualismo extranjeros, cuando, estudiando nuestra situacion, podemos muy bien tener un socialismo i un individualismo propios, que no se escluyan, i antes se auxilien. De nada sirven las hermosas discusiones en las Cámaras, ni los buenos discursos de los hombres importadores de teorías, si entretanto nosotros quedamos olvidados. DE HOY MAS SEHA LA GUERRA DE LOS PUEBLOS CONTRA LOS GOBERNANTES QUE NO QUIERAN TENER UN GOBIERNO PROPIO DE ESOS PUEBLOS. Que la Nueva Granada no dé lugar en su seno, despues de 32 años de República, a la duda dolorosa en las instituciones democráticas, ni a los golpes de Estado que las ahogan. No, que la imitacion se detenga, i que, despues de haber parodiado las ideas del extranjero, no se permita ni por un solo instante, que se padezca en nuestro suelo a sus tiranos.

El bala material del país es el que se debe considerar de preferencia, i allá podemos llegar estudiando ante todo las reformas económicas, como muy bien lo indica el Dr. M. Murillo en su famoso artículo “Dejad hacer;” artículo publicado despues de haber escrito los que ahora damos a luz. Sigamos esa buena idea i dejémonos de cuestiones abstractas de política.

El Dr. Murillo, víctima de ese socialismo que, en el artículo citado, nos dice que todavía no se sabe qué cosa es, apesar de que él fue quien lo proclamó, es uno de esos hombres destinados a no oír sino infundadas críticas en cambio de sus trabajos por el país. El mundo en algun tiempo, esas críticas que

sostener con lanza en ristre el estado abominable en que hoy se encuentran las cosas. I

No alcanzamos a comprender tamañas inconsecuencias; porque eso revela que no se tiene fé en la doctrina del crucificado, ni en la historia, ni en los principios; que se encarecen con los labios doctas lecciones que jamas se han animado en el corazon; que hai muchos cristianos de rutina, muy pocos de sentimientos ilustrados.

Porque con la emancipacion religiosa, o perece el catolicismo en la N. G. o nó. Si lo 1.º, significa que los católicos granadinos no son tales católicos sino una órda de embusteros, negociantes en religion, o que ese catolicismo es por si solo una solemne impostura; o nó; i entónces debemos adorarla con entusiasmo, con delirio, con fé ciega, porque el alberga aquella gran verdad santa i pura en su orijen como puros i santos fueron los labios que la comunicaron al mundo; aquella verdad que sin apelar al fusil ni al cañon, ni hacer contratos humillantes con los soberanos de la tierra, resistió ileso las mas negras i sangrientas persecuciones, i que mas tarde salió cubierta de albores divinos, entre el estruendo i la polvareda de los imperios que se hundieron en la nada, para tomar los hombres de la mano, hacerles levantar su mirada al cielo, ahogar la tiranía, proclamar la igualdad i dar civilizacion a Europa. Entónces hai derecho para creer que ese catolicismo se conservará salvo, a despecho de los gobiernos, de los mandarines i verdugos, hasta la consumacion de los siglos, como lo prometió su divino Autor. No hai medio.

Empero se replica que muy bien puede desaparecer la religion católica de la N. G. sin que desaparezca del mundo. Asi lo hemos oido en las Cámaras legislativas de nuestra patria.

Pero porque desaparece? preguntamos. Si es porque no hace pactos con el Estado, una religion que no tiene existencia propia, que necesita unirse con lo temporal i procurio para poder subsistir, no es la religion proclamada por Jesus i sus doce misioneros, esa es la mentira prediada por Satan para cimentar la tiranía i de cuya difusion están encargados los hipócritas sin entrañas.

No tendrá el clero con que mantenerse, dicen otros. A los clérigos de virtudes aisladas nada les faltará; a esos ministros trapaceros, corruptores de la moral social, es seguro que se les hará un poco difícil conseguir el pan de la vida. Pero sobre todo decir que se mueren de hambre, es no tener fé. No. Hijo Jesus en su sermón de la montaña: poned vuestra confianza en el Señor, i no digais: que comeremos? qué beberemos? pues vuestro padre celestial ya sabe que tenéis necesidad de todo esto; obrad el bien, i todo cuanto sea necesario os será dado con usura.

No Os, la religion no se salva con esos pactos, esas concordatos, esas alianzas infemas ella se salva con su noble i augusta hija que es la libertad; pero es

conducirnos por la vía de la felicidad política que puede realizar la dicha sujeta en estas palabras:

*Libertad, Igualdad, Fraternidad*

Ningun granadino ha albergado en su seno sentimiento político que el amor a la República como ha nutrido su inteligencia i halagado su imaginacion con otra idea política que la de la República. Ninguno ha entonado himnos i aclamado con voz otra entidad gubernamental que la República.

¿Por qué habiendo tal acuerdo en el fin, tan notable conformidad en el deseo de conseguirlo, despues de tanto tiempo aun no se han logrado nuestras patrióticas aspiraciones?

¿Por qué hemos atravesado los últimos cuarenta años por en medio de conomociones sin resultado, sin trascendencia benéfica sobre el porvenir?

Porque nos hemos equivocado en los medios; mejor dicho, porque hemos ignorado el modo de conseguir el fin;

O porque, conociendo este modo, las ilusiones fugaces de una falsa gloria, la condescendencia indolida con las pasiones de partido, nos han seducido; nos han estraviado de la buena senda, i nos han hecho sacrificar el porvenir a las satisfacciones momentáneas del corazon.

Harto hemos sufrido, bastante escándalo hemos dado con nuestros errores. Nuestras equivocaciones han hecho de nuestra vida un tormento, de nuestras esperanzas una ilusion, de nuestras combinaciones un delirio.

Basta ya: sirva el recuerdo de nuestros sufrimientos de Mentor a nuestras reflexiones; sirvan los desengaños amargos de freno a las ilusiones del entendimiento i a los extravíos de la pasion.

Basta ya; i termine ese vaiven funesto de contrapuestas pretensiones, en que el orgullo de la pasta huella los ratiocinios del entendimiento, en que el desvario de los partidos triunfa de los consejos sabios de la política.

*Libertad, Igualdad, Fraternidad*; he aquí lo que todos queremos: he aquí la Trinidad simbólica de la República.

Con intencion pura, con sinceridad i buena fé, vamos a ver como podemos llegar a hacer de esto solo una realidad; vamos a ver como podemos lograr una situacion social i política en que todas las sociedades gocen de la manera mas igual posible los bienes de la sociedad.

Esto es el gran problema político que hai que resolver en nuestro país;

Este problema en nuestro concepto no es tan difícil de resolver como se piensa.

La República de Babeuf i de Robespierre no lo resolvió; pero la República de Villahermosa, de...